

## INDICE

### ARTICULOS

WERNER. BAER, DAN BILLER Y CURTIS Mc-  
DONALD. Austeridad bajo diferentes regímenes  
políticos. El caso de Brasil 9

CHRISTINE HUNEFELDT. Jornales y esclavitud:  
Lima en la primera mitad del siglo XIX 35

MYRIAM QUISPE. Relaciones de causalidad entre  
gastos e ingresos del Gobierno 59

PHILIP MUSGROVE. ¿Cuánto más vale prevenir  
que curar? Reflexiones sobre la distribución de gas-  
tos en la atención médica 91

### RESEÑAS

JAIME SHIMABUKURO. Modelos macroecono-  
métricos en el Perú. Nuevos aportes de Germán  
Alarco (Comp.). HECTOR OMAR NOEJOVICH.  
Inflación y campesinado: comunidades y microrre-  
giones frente a la crisis de Efraín Gonzales de Olar-  
te. JOSE OSCATEGUI. Productividad y educación  
en la agricultura campesina de América Latina de  
Adolfo Figueroa A. HECTOR OMAR NOEJO-  
VICH. Heterogeneidad tecnológica y desarrollo  
económico: el sector informal de Daniel Carbone-  
tto Tortonesi y M. Inés Carazo de Cabellos

**EFRAIN GONZALES DE OLARTE**, *Inflación y campesinado: comunidades y microrregiones frente a la crisis*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987, 207 p. cuadro, gráficos, bibliografía.

Coloridas páginas, buena formalización teórica y resultados cuantitativos, de relevamientos empíricos, resumen este excelente trabajo de González de Olarte.

El modelo teórico planteado trata de identificar un comportamiento económico campesino, en los Andes, que desafía a las teorías convencionales. Una economía donde los sistemas de precios no parecen difundir bien las señales, lo que manifestaría en la existencia de diferentes tasas de inflación, según las microregiones.

Este es un punto central en el análisis del autor: la coexistencia de sectores semimerchantiles no capitalistas, con otros de carácter mercantil, no es adecuadamente arbitrada a través de un sistema de precios fijado por el mercado, existiendo la posibilidad de reproducción de la unidad campesina fuera del circuito mercantil.

La economía campesina tendría, así, la capacidad de resistir a los embates de las presiones inflacionarias, en mérito a sus propias estructuras de comportamiento, que le permiten reacomodar la estrategia de supervivencia, incorporando la inflación como nuevo elemento. Esto haría diferente la inflación urbana de la rural.

De allí se sigue que la inflación es un fenómeno "importado", transmitido a través de los mecanismos de precios de la economía monetaria, en tanto productos comprados de ella; se traduce en una alteración de términos de intercambio. El relevamiento cuantitativo corrobora la hipótesis en el sentido que la inflación urbana es mayor que la campesina de las microregiones analizadas.

Bajo los supuestos de constancia en las estructuras tecnológicas y productivas, se hace hincapié en un punto que me parece muy importante: no

hay una aversión al cambio, sino una incapacidad de conjeturar (p. 54). Se corrobora, más adelante, al mencionar las dificultades de la economía campesina para efectuar cálculos en términos reales y preveer los incrementos de precios (p. 69).

Si esto es así, podemos entrar a cuestionar la hipótesis de “aversión al riesgo”, que conduce a la diversificación de actividades bajo la presión inflacionaria (p. 126). En efecto, si existe dificultad de calcular y de preveer, no estaríamos, técnicamente, frente a un comportamiento adverso al riesgo, que supone, en términos de teoría del portafolio (Baumol, “Portfoly Theory”), una evaluación y cálculo, precisamente, por parte del individuo de acuerdo a su función de utilidad. Además, si tenemos un comportamiento con dificultad para preveer, es evidente que su esquema de preferencias intertemporales debería ser inexistente a los efectos prácticos. Esto último parece coincidir con la descripción de Gonzales de Olarte sobre el crédito no institucional, donde las tasas de interés, o bien son usurarias, o bien los préstamos son gratuitos, sin que exista de una función continua que explique las variaciones.

Aún cuando parezca evidente que “. . . las expectativas inflacionistas campesinas son tan múltiples como la diversificación de su economía. . .” (p. 126), no podemos asimilar un razonamiento de “valor presente de magnitudes futuras”, que permita tomar decisiones sobre producción, para una economía campesina. El autor se percata del problema al enunciar “Nos parece que encuentra la solución a este problema por tanteo. . . (p. 145)”. Y es entonces cuando correspondería preguntar ¿se puede utilizar un instrumento de análisis del tipo “risk-lovers” vs. “risk averse” cuando no conocemos los mecanismos internos de ajuste de los individuos? ¿Cómo es su función de utilidad? ¿caben los supuestos de convexidad? ¿Qué rol juega la apreciación del tiempo como variables?

Estos interrogantes forman mi pequeño aporte crítico. En realidad es volver, un tanto, a la vieja discusión entre sustantivistas y formales, entre la validez universal o no del “homo economicus”. Sin llegar a esa polémica, creo que el trabajo de Efraín Gonzáles nos permite vislumbrar la existencia de un comportamiento distinto, aun cuando racional dentro de su sistema. Es éste el que tenemos que auscultar y es en esa senda donde deberían dirigirse las futuras investigaciones.

*HECTOR OMAR NOEJOVICH*  
Pontificia Universidad Católica del Perú